

omniscientes (que todo lo sabe y siente desde un tono impersonal) y testigo (que se acerca en la enunciación a sus posibles oyentes, acudiendo a la segunda persona, y hasta se permite interrogantes a sí mismo), desde la perspectiva de Amaliwak o Amalivaca, héroe civilizador y mítico de los indios Tamanacos de Venezuela, focaliza el paisaje americano, y en un espacio total, el de las aguas del diluvio, presenta el encuentro de Amalivaca, Noé, El Hombre de Sin y Out-Napishtim. Todos con una misma finalidad salvadora y civilizadora de la humanidad. Actantes y héroes de un mito universal: El Diluvio. Con mitemas reducidos por Carpentier a similares programas narrativos. Dentro de una visión de "encuentro dialógico" pluricultural, de ricos y abiertos significados. "Verbos plurales" retoma fuentes etnológicas y literarias y recuerda la reconstrucción de su relato en declaraciones y textos de Alejo Carpentier.

"Verbos Plurales" transparente rigor y actualidad en la crítica. Integra las técnicas de análisis semántico-estructural, arquetípico (simbólico y mítico) y sociocrítico? interesa al estudioso de la literatura, también al lector no especializado pero con preocupaciones humanísticas. A ello contribuyen la sencillez y la fluidez del estilo de su autor. Gregory Zambrano transparente en esta obra el aprendizaje, el entusiasmo, las posibilidades y premuras de un novel autor, con las virtudes de un buen docente e investigador.

Juan Medina Figueredo

Juan Calzadilla

Minimales

Caracas: Monte Avila Editores 1993

I

Arrojado a las calles, a las sombras por donde, deambula entre sueños o ebriedades el hombre de la gran ciudad. Materia incierta, lugar común de la desolación, pregunta y asombro de su propia angustia. El ojo del poeta aguza sobre las paredes mudas, arremete con su arma de guerra,

la palabra y regresa al lugar de nacimiento, donde la muerte dejó de tener espacio para el dolor. Una jauría interviene en sus sueños. La pesadilla lleva las etiquetas de los últimos tiempos. La locura se aloja sin permiso en una habitación en la que nadie puede entrar. Las definiciones, los pequeños seres, los mínimos detalles, que son los males del ciudadano, abrigan la llegada del silencio.

II

En ese mundo nace la palabra de Juan Calzadilla. Venido del vientre de un cetáceo, de la pulpa de una ballena, el poeta Juan Calzadilla sigue siendo fiel a sus adentros, a esos riesgos que implican estar en la poesía, en hacerla con la mano metida en el fuego, siendo a veces el fuego.

Todos sus libros son la indagación de ese hombre. La pregunta que nunca tiene respuesta. O la respuesta sin pregunta. *Minimales*, Monte Avila Editores, 1993, es la fuerza de la ironía, la metamorfosis de una angustia que decanta la fuerza "muerta" de la gran ciudad. La fractura del hombre - la palabra- en medio de una intimidad dolorosa.

La pérdida del rostro, la ciudad como unificadora de las voces, la absoluta presencia/ausente, de quien usa el comodín urbano: las fisuras del gesto, la calma del rictus: "No es menester que este individuo se ponga una máscara. Ya la tiene puesta en el rostro que lleva. No necesita quitársela para que sepamos que es él. /Todo lo que pudiera ocultarse/ lo vuelve más transparente/ y a su máscara también". El poema registra — crisis al fin— los tropiezos de los extravíos. La fuerza agotada de los límites: la ciudad, tierna en las sombras, dura como un acertijo.

III

Una sintaxis que encuentra a cada paso el milagro del hombre que aún piensa en la muerte, porque las grandes ciudades han quitado al hombre la felicidad de saberse finitos. El fracaso, la vida como una interjección, la frialdad de las voces, la rudeza de la mirada, los animales que somos en la pronunciación. Poética del desencanto, poética ontológica: la vida surreal. Poema que agota la muerte, o la muerte se agota en el poema.

La ciudad se escribe en cada descanso, en cada agonía (para eso están las servilletas, los cuadernos de navegación, las tarjetas que descuidadamente llevamos en el morral), en cada verso en el que un rostro nos inquiere. Para Juan Calzadilla el poema es un terrible silencio que deambula en medio del ruido de los motores. Es un salto al vacío sin la muerte. Son los ojos que no miran, pero que finalmente tienen una última estación.

IV

¿Hacia dónde salen esos textos del vacío, de la crueldad, de la irreverencia? ¿Dónde estaba Juan Calzadilla en el momento de la destrucción de la Torre de Babel? Confusión, fracasos, dolores: la muerte, la grafía en paredes y en el alma, la ciudad como vientre cósmico.

Textos/ cuchillos, lengua/navaja, un territorio de ausencia, un país sin respuestas. La poesía de Juan Calzadilla no niega nada, todo lo soporta en su inteligente brevedad. Poética, dignidad, ética y frecuencia reiteradas de un tema que lo conduce a ser la voz de la ciudad, el **ciudadano sin fin** que escribe un largo texto para no tener que repetir el espejo, el hombre de la mirada continua, el poeta que duda siempre del equilibrio. Con este libro plural, el poeta Calzadilla recoge todas las pesadillas que su poesía recrea: "Porque se ponga/ de pie/ no quiere decir/ que está/ más cerca del cielo/. En esta posición/ también está/ más cerca de caer".

Alberto Hernández

José Barroeta

Lector de travesías

Mérida: Ediciones Solar, 1994

A José Barroeta Paolini se le conoce ampliamente en los medios intelectuales y académicos de nuestro país por su labor y valiosos desempeños en la vida cultural venezolana desde los polémicos años '60, cuando forma parte de distintos proyectos artísticos y literarios, como los realizados por **Tabla Redonda**, **En HAA**, **Trópico Uno** y **Sol Cuello Cortado**,